

Feminismo básico para hombres pelotudos

Giuliana Costarelli

FEMINISMO BÁSICO
para hombres
PELOTUDOS



Giuliana Costarelli

Capítulo 1

No todos los hombres

“No todos los hombres”, me dicen cuando empleo esta última palabra para explicar los privilegios masculinos.

No todos los hombres, me dijo el tipo que me gritó “Que hermoso orto” por la calle cuando tenía catorce años.

No todos los hombres, me dijo un hombre cualquiera, después de compartir las fotos de su ex por todas sus redes sociales.

No todos los hombres, me dicen los que ven pornografía, a sabiendas de lo que significa.

No todos los hombres, me dijo un padre después de llevar a su hijo de quince años a “hacerse hombre” con una prostituta.

No todos los hombres, dijo alguna vez un chico, que un rato después le metía una pastilla en el vaso a una.

No todos los hombres, dice el que después se aprovecha de una mujer alcoholizada.

No todos los hombres, dice el que se queda callado cuando sabe lo que hizo el anterior.

No todos los hombres, dice el periodista que comenta como estaba vestida la chica antes de ser violada.

No todos los hombres, dice el policía que no toma una denuncia, y no todos los hombres, dice el juez que deja en libertad a un feminicida.

No todos los hombres, una de las cosas más escuchadas por nosotras, las feministas. Parece sencillo de entender, que si no te identificas con las conductas machistas, no deberías identificarte con el sujeto que las comete.

No todos los hombres, me dijeron cuando amenacé con bloquear a un hombre que me preguntó si me podía mostrar una foto.

Pongamos un ejemplo sencillo, para hacerle honor al nombre de este libro:

Supongamos, como en un problema de matemáticas, que Josefina tiene

tres alfajores, pero de estos tres alfajores, dos tienen veneno.

¿Cómo saber cuál no está envenenado? No lo podemos saber hasta que lo probemos, ¿No?

Ahora, a mis queridos lectores, desentendidos del feminismo, les pregunto ¿Qué alfajor se comen? Ninguno ¿Verdad?, sería la respuesta más sensata... ¿Para qué arriesgarse a comer un alfajor envenenado?

Ahora cambiemos la palabra alfajor por hombre y envenenado por machista, femicida, violador, o cualquier otra palabra que gusten.

¿Cómo sabemos que el hombre que nos sigue por la calle, no es un alfajor envenenado? ¿Cómo saber que esta foto, que te quieren mandar, no es en realidad un pene? Porque sí, aunque no lo crean, esta última es una situación muy común que vivimos bastante seguido las mujeres.

Solo queda por aclarar que, cuando nos referimos a "los hombres", no hablamos de "todos los hombres" (como verán falta la primera palabra, por lo que resultaría obvio). Porque supongo que no esperarán que digamos "los hombres, menos Juan, porque es bueno"... no seamos ridículos, por favor.

Una vez hasta me pasó, es casi una historia graciosa, cuando la vemos desde el lado de la ironía.

No todos los hombres, le dijo mi acosador, de unos dieciocho años, a la Giuliana de once. Yo soy un buen hombre, me dijo el mismo que me mandaba mensajes diciéndome que me había visto; en la calle, en el colegio, en todos lados (lo cual resulta hasta cómico, cuando analizamos la gran coincidencia de cruzarte tan seguido con alguien que vive en otra ciudad) ¡Qué coincidencia!, pensaba yo, una nena ingenua con fe en los "buenos chicos".

¿Y cómo carajos iba a sospechar yo de un chico que se autodenominaba un "buen hombre"? -Claro, porque los violadores se presentan a ellos mismos como agresores sexuales- pero esto mi yo de once años no lo había razonado. Será que es tímido, por eso no me saluda; pensaba.

Soy un hombre de Dios, me dijo también, el que me preguntó si me gustaba meterme los dedos, a la Giuliana de doce años, que ni siquiera sabía lo que era masturbarse.

El buen hombre, que tuve que bloquear de todas mis redes sociales, porque siempre me terminaba encontrando en otro lado.

El hombre de Dios, que me decía que me "la iba a poner" en su camioneta, la misma en la que me veía, al parecer, sin que yo me diera

cuenta. El hombre de Dios, que me contó que me quería poner "boca arriba, no en cuatro" para ver las muecas que hiciera. Repito, a mí, de no más de doce años, que entendía poco y nada de sexo.

De este buen, buen hombre me acuerdo cuando alguien me habla de que "no todos los hombres", o de uno de mis primeros noviecitos, Tommy, le decía yo; Tommy era un amor, puros corazones, cartitas, regalitos, un santo... Tommy fue un amor hasta que me cansé y lo terminé dejando, a unas semanas de empezar a salir, Tommy, el Tommy que no medía ni 1,60 y no debía pesar ni 50 kilos, el Tommy que no tenía trece años, mi primer novio de la secundaria. Tommy, al que le sacaba una cabeza y fácil diez kilos y así y todo me pegó. No fue un golpe muy directo, ni muy fuerte, ni muy duro, pero como dolió ese golpe.

Después me enteré que había sido porque yo lo había dejado, "es que los hombres tenemos una reputación que cuidar", me explicaron unos amigos después, y me olvidé del tema.

O pienso en mi otro noviecito, con este ya estaba más grande, trece añitos, recién cumplidos. Mi novio el "feminista", que se enojó conmigo porque no le había dado un beso en nuestra primera, y última, cita.

O mi novio el que me pedía fotos, en corpiño, nada grave... es como usar bikini. El que me manipulaba para que le mandara una por noche, cosa que yo hacía con gusto, con tal de que me dijera que era bonita. Mi novio el que me prometió borrar todas las fotos- porque él no hacía esas cosas- el que me juró que aunque nos peleáramos nunca haría nada para perjudicarme, pero que así y todo les mostro mis fotos a todos sus amigos, y al que no le tembló la mano para subir a un estado, riéndose. "Fue una broma" me explicó después, pero los ojos me quedaron hinchados por varios días, después de llorar tanto.

¿No es gracioso? No todos los hombres... imagínense que alguien iba y le decía eso a Josefina, "no todos los alfajores están envenenados".

Y terminando de responder a frases estúpidas de hombres pelotudos... una más, que a mí en lo personal me encanta... que dice así: "Ustedes las feministas llegaron a tal extremo que terminan odiando a todos los hombres"

A esta solo les puedo dar una respuesta: no todos los hombres.

Capítulo 2

Tallas grandes

Si Dios existiera, e hiciera, como dice la biblia, a cada persona con tiempo y dedicación. A mí me hizo en uno de esos días en que no tenés ganas de laburar y mandás a la mierda a todo el que se te cruce.

Yo creo, que cuando Dios me hizo, y me lo imagino mezclando cosas como haciendo una torta: Dos tazas de mal humor, tres cucharadas de mal carácter, que no le guste hacer deporte, y que cada vez que se mueva brusco se desmaye.

Así me lo imagino al muy hijo de puta, como para que no hiciera ni una bien. En fin, yo creo que fui hecha como para caerle mal a la sociedad, en especial a esa sociedad que nace antes de los 2000. Porque no solo me hizo feminista, y bisexual casi lesbiana, y vegetariana que quiere transicionar al veganismo. También me hizo gorda.

Y ni siquiera puedo decir que eso salió bien tampoco, porque no soy suficientemente flaca como para pertenecer al grupo de las mujeres flacas, pero tampoco suficientemente gorda como para considerarme un plus size.

¿Cómo choca esa palabra no? Gorda. No choca igual que la palabra flaca.

Pero no voy a quejarme de eso, o mejor dicho sí, voy a quejarme de eso, no de ser gorda, no tengo muchos inconvenientes con eso, me voy a quejar de ustedes, sociedad de mierda, manipulada por el patriarcado, que castiga a la mujer por tener sobrepeso. Qué ridículo que suena, sobrepeso ¿Sobre cuál peso?

No había cumplido los nueve años, cuando fui por primera vez a la nutricionista. Marina se llamaba, me acuerdo patente, porque me mandó a comer una gelatina transparente, sin sabor a nada. Ahí desaparecieron los chocolates, y los caramelos, y los helados.

Hará dos años empecé a ir a la psicóloga, la misma que me atendió cuando era chica, a los ocho años. De casualidad pude leer las notas que tenía de cuando era chica. Ahí me enteré, que de entre las muchas razones por las que me habían mandado a psicoterapia, estaba el "está engordando mucho".

Así que asumo que fue por esa época, cuando me empezó a dar vergüenza decir cuánto pesaba, cuando dejé de desayunar, o cuando me

empecé a comparar con mis compañeras.

Nunca bajé de peso, y mientras más me restringían, más comía. Hasta que me vaciaron la heladera, y yo, con ocho o nueve años, empecé a comer los sobrecitos de mayonesa y ketchup de la puerta de la heladera.

Mi familia se acuerda, se ríen, me gustaría decir "nos reímos" pero la verdad es que no me puedo reír cuando comentan "te comías la caja de veinte heladitos de agua vos sola" o "tuvimos que dejar de comprar pan". Ellos piensan en lo loca que estaba, yo pienso en cuánta hambre habré tenido para comer todo eso.

¿Y cómo se relaciona todo eso con el feminismo? Mi feminismo básico para hombres pelotudos, y es que la gordofobia no es otra cosa que el resultado del patriarcado. El bendito patriarcado.

Que el género masculino también puede sufrir gordofobia, sí, que los hombres con sobrepeso también la pasan mal, sí. A todos los comentarios estúpidos les respondo: sí, obviamente que la gordofobia no tiene género, igual que la violencia, el acoso, el abuso sexual, etc. Pero todas estas tienen un favorito al cual hacerle la vida imposible: el femenino.

Mido 1,69 y debo estar pesando alrededor de 80 kilos, según la mayoría debería pesar 55. Toda mi adolescencia fue una lucha por llegar a esos 55, nunca pude, ni siquiera cuando dejé de comer, ni cuando empecé a almorzar y cenar puchos. Nunca llegué a los putos 55 kilos.

Todas las mujeres pasamos por esa etapa, en la que nos miramos y nos odiamos. Todas lo pasamos, pero estoy segura de que el porcentaje de hombres con conflictos con su imagen corporal es mucho menor.

También puedo asegurar que el número de hombres que lloraron en los probadores de un local porque no les entró una prenda es bajo.

Estoy segura de que a los hombres no les dicen "talle único" cuando preguntan por la ropa en un negocio.

Entre el talle S y el L de pantalón de mujer, no hay ni 10 cm de diferencia.

Es difícil ser mujer gorda en una sociedad patriarcal. Por más empoderada que sea, es complicado cuando te dicen "sos más linda de cara que de cuerpo" o "eso te quedaría re lindo si estuvieras un poco más flaca". Es difícil cuando preguntan "¿Todo eso vas a comer?", "¿Otro plato más?" "¿No preferís algo más liviano?".

Es difícil ponerse una bikini y entrar a la pileta, así que decimos que tenemos frío y nos dejamos la remera puesta. Es difícil entrar a un local

sabiendo que no vas a encontrar nada. Tener que decir "Busco un regalo" para que te atiendan. Es difícil escuchar "no, para vos no tenemos".

No por nada la mayoría de personas que tienen TCA son mujeres.

¿Por qué seguimos viendo a la mujer como ese ser que tiene que ser chiquito y flaco y bajito? ¿Por qué no pueden haber mujeres más grandes que algunos hombres?

Nos tuvimos que amoldar a ese mundo, el mundo machista que busca mujeres chiquitas, o al menos más chicas que los hombres.

¿Será por miedo? Asustará, me imagino, ver al "sexo débil" empoderado.

No sé por qué sea, está claro que es por una especie de necesidad de subordinar a la mujer pero ¿Hay realmente necesidad?

No sé por qué escribí esto, a lo mejor se lo debía a la nena de ocho años desesperada por comer que se robaba los sobres de kétchup.

A lo mejor para que la mujer, y capaz también el hombre, que lea esto se sienta en la libertad de desafiar un poco más al patriarcado y comer ese alimento prohibido.

No sé, a lo mejor a alguien le da fuerzas.

Esas que, al fin y al cabo, me perduraron a mí.